

LA INFANCIA Y LA ORACION

He recibido recientemente la visita del hijo de uno de mis mejores y más antiguos amigos, salido hace poco del Seminario de San Sulpicio y que acaba de ser colocado, como Vicario, en una parroquia muy pobre de uno de los arrabales parisienses.

Ardiendo en celo, este joven sacerdote se felicita de haber sido así arrojado en medio del pueblo, en plena miseria, seguro de encontrar en éste su puesto con más frecuencia que en otra parte la ocasión de ejercer su ministerio de consuelo y de caridad y firmemente resuelto á poner todo lo que esté de su parte para alcanzar el fin de conducir á Dios el mayor número de almas que le sea posible; pero, en la misma mañana en que comenzó á ejercer sus funciones, ya no le fué permitido disimular la gran dificultad de su tarea. Entre otras, me ha hecho el joven sacerdote esta deplorable confesión. Sólo la tercera parte de los niños nacidos en la parroquia de que se trata han sido bautizados y una

minoría más insignificante es la que frecuenta el catecismo y recibe alguna instrucción religiosa.

No hay, pues, que hacerse ilusiones. Pronto, muy pronto, en este punto de la cristianísima Francia—como en tantos otros, ¡ay!—ya no habrá cristianos.

Los que se intitulan librepensadores—por antifrasis seguramente, pues su intolerancia es cóebre—pueden estar orgullosos de este resultado obtenido en veinte años. Porque no hay más de veinte años, si la memoria no me es infiel, que el crucifijo fué definitivamente suprimido del "material escolar," según la graciosa expresión de no sé qué grueso gorro municipal, siendo substituído,—yo al menos así lo supongo,—por el cuadro de pesas y medidas, objeto bastante superfluo, sea dicho entre nosotros, pues la mayor parte de los niños de los arrabales están destinados á conocer demasiado pronto y bien lo que es un litro.

Cuanto al catecismo, no ignorais que se ha proscrito igualmente de la escuela semejante monumento del fanatismo y de la superstición (estilo viejo,) y que se han esparcido, en lugar de este libro reaccionario, en el cual no se habla más que de virtudes que se deben practicar y de deberes que hay que cumplir, pequeños manuales en que se habla sobre todo de sus derechos á los jóvenes ciudadanos que no saben todavía ni siquiera sonarse convenientemente y algunos de los cuales llevan todavía calzones hendidos por detrás enseñando la falda de la camisa.

He hojeado, por curiosidad, algunos de estos opúsculos; en general se recomiendan por su insignificante bobería.

En uno de ellos, bajo una imagen en que se representa á un buen señor pasando en su tilburi, cerca de un trabajador que aparece como que está empedrando la calle, he leído esta leyenda: "Ante el sufragio universal, el señor M., no obstante su gran fortuna, es igual al caminero."

Esta lección de cosas me ha dejado soñador, pues sé muy bien que, cuando hayan votado cada uno á su manera, el señor del tilburi continuará gozando de su gran fortuna y que el caminero romperá piedras como antes; y me preguntó si el catecismo no dice más verdad, el pobre y viejo catecismo, que desde luego considera al señor M. y al caminero como iguales ante la muerte, pero que aconseja al primero que sea caritativo, al segundo que tenga resignación, que combate en el uno el egoísmo y el orgullo, en el otro la insubordinación y la envidia, é instaura, de este modo, en el mundo un poco de felicidad y de justicia, esperando mejorar en la otra vida.

Estas reflexiones parecerán, así lo temo, completamente chocantes y escandalosas á los delegados cantonales, que practican la caza del catecismo en el pupitre de los escolares, como si se tratará de un libro obsceno, y que, siendo casi todos francmasones, que conocen "la acacia," y que han visto la "luz del tercer departamento," están, según parece, mejor instruidos que humildes cristianos acerca del misterio de la vida y del destino del alma humana. Pero, como la cólera de estos inquisidores al revés no me intimida, no veo lo que podría impedirme el denunciar los estragos que ha causado ya, en las clases populares, la enseñanza laica, llamada

neutral, más que en realidad es completamente hostil á toda idea cristiana.

Estos estragos son abominables, y la reseña que me ha dado mi amigo el joven Vicario hace temblar. Si, causa espanto el pensar que, en uno de los barrios más miserables de París, en este medio en que los beneficios de la religión serían los más necesarios, las dos terceras partes de los niños ignoran hasta el nombre de Dios y no han orado jamás.

Entre todos los espectáculos que puede ofrecer el género humano, ¿hay alguno más amable, más dulce, más tierno y conmovedor que el niño en oración? Su madre lo ha puesto de rodillas en su regazo, lo acaricia y abraza y junta sus manecitas entre las suyas. Le hace repetir una por una las palabras de la pequeña oración—si es pequenuelo, algunas palabras solamente, como por ejemplo, la sencilla exclamación: "¡Dios mío, ós doy mi corazón!" y, si es un poco mayor, el admirable texto del "Padrenuestro" ó la deliciosa invocación del "Ave María."

Si es por la mañana, el niño eleva los ojos al cielo, y estas dos purezas se contemplan. ¿Es por la noche, junto á la lámpara oculta, en la alcoba tibia y tranquila? Entonces parece que, en la sombra, detrás de la blancura de las cortinas, hay un ángel inmóvil, está presente, para ir á dar testimonio al Paraíso de aquel acto de fe.

Sin duda el niño no comprende todavía las palabras sagradas que pronuncia, pero sabe que su madre es feliz oyéndoselas repetir; la mira y la ve sonreír, se siente envuelto en un abrazo más cariñoso, y junto á este corazón que late, á este seno que

palpita, en esta atmósfera, en este hogar de amor y de piedad, despiértase en él un instinto religioso. Cuanto á la dichosa madre, es el mejor de su vida aquel instante en que presenta á Dios á su hijo medio desnudo, uniendo las manecitas y graciosamente arrodillado vestido con su camisita. ¡Qué dulce! Ora con él, por él y para él. Ese sentimiento de temor respetuoso que á veces nos inspira la grandeza de la Divinidad, la madre no lo experimenta en este momento. Está llena de abandono y de confianza. Está segura de que Dios oirá los votos que le dirige una boca tan pura; no duda de que Aquel que es la fuerza infinita de la Ciencia absoluta, se conmueve ante tanta inocencia y debilidad. ¡Y después, hay una Madre allá arriba, la Santísima Virgen, que es la fuente de todas las gracias y que obtendrá lo que le pide por medio de la voz balbuciente de su hijo!

¡Sí, vosotras sois agradables á Dios y tomáis un vuelo sublime hacia su gloria, oraciones de todos los cristianos! ¡Himnos litúrgicos cantados por los sacerdotes, cánticos de todas las lenguas lanzados á voz llena por la asamblea de los fieles, armoniosas tempestades de los grandes órganos que haceis estremecer la nave de las catedrales, coros de peregrinos en marcha hacia algún santuario que despertáis los ecos de las montañas, piadosos gemidos de los afligidos junto á las tumbas, llantos dolorosos de las almas arrepentidas, palabras inflamadas de la religiosa ó del monje en éxtasis en su celda; sí, vosotras subís hasta el trono del Todopoderoso! ¡Pero, ante todo, él es el Padre, y, en el inmenso, en el eterno rumor de las voces que lo alaban y confiesan, escucha también muy tiernamente, de

ello estoy seguro, las cándidas y casi inconscientes oraciones de los pequeñuelos, semejantes á un confuso canto de pájaros!

El hombre que, en su infancia supo orar, jamás lo olvidará. Las pasiones y las luchas de la vida, las rebeliones del espíritu y de los sentidos, pueden conducirle á la duda, á la incredulidad, hasta al peor exceso de la negación y de la blasfemia. Una huella de la fe de su primera edad queda siempre en el fondo de su corazón, como los caracteres del antiguo manuscrito sobre el pergamino de un palimpsesto. Que llegue el gran dolor, la profunda angustia—física ó moral. ¡Oh! cómo se acordará en seguida de aquella hora tan lejana en que, arrodillado en su cuna, sentía cerca de su mejilla el calor del rostro de su madre que le enseñaba el **Padrenuestro** y el **Ave María**. Y, casi siempre, sucederá que se recogerá en sí mismo, se cubrirá el rostro con las manos y arrojará este grito, salido naturalmente del fondo de su corazón: "¡Dios mío, tened piedad de mí!"

Este grito, para su alma que ha naufragado,—sé algo de ello,—es el faro que luce en las tinieblas, es el puerto, ¡es la salvación!

También yo experimento verdadera cólera contra los malhechores que, presa de una demencia inconcebible, pretenden—ellos mismos han forjado la palabra—"descristianizar" á la Francia. Ciertamente, no llegarán á conseguirlo. Es el destino de la Iglesia ser siempre militante en este mundo; sus periodos de progreso y de decadencia no son otra cosa que movimientos de flujo y de reflujo, y, en

este momento preciso, bien sentimos todos que la marea sube.

Pero, ¿hay, á la verdad, una acción más malvada que la de arrebatarse al pueblo la fe y la oración? Porque una y otra se hacen fáciles á los humildes, á los sencillos de corazón—éste es uno de sus privilegios—y encuentran en ellas, mejor que nosotros, en que retoña siempre la mala hierba del orgullo, un admirable viático para el penoso viaje de la vida. ¡Ay! á la hora presente un mal enorme ha sido realizado, mal que se agrava todos los días, y se nos preparan generaciones de desgraciados que se agitarán entre la rebelión y la desesperación.

¿Cómo no alarmarse ante semejante porvenir? ¿Cómo no indignarse, sobre todo, al pensar que los que concurren á la realización de esta obra funesta no lo hacen todos de buena fe y que tal político burgués, pronto á votar todo lo que se quiera para expulsar á Dios de la escuela, se asombraría de que su señora y su hija no tuviesen religión, como dice en su lenguaje chabacano?

¡Ojalá que el hecho que hoy le señalo—estos innumerables niños sin bautismo, sin sombra de pensamiento religioso,—haga entrar un poco á este hombre en sí mismo; y si, una tarde, en la intimidad de la familia, se sorprende enterneciéndose ante el cuadro—siempre angusto y encantador—de su esposa haciendo aprender á su último hijo alguna oración infantil, plegue á Dios, se avergüence de su hipocresía y piense con horror que este pan del alma que concede á los suyos se lo arrebatara á los pobres!

Marzo 24 de 1898.

XVIII

CONFIDENCIA Y CONFESION

Escribiendo la primera frase de sus **Confesiones**: "Acometo una empresa que jamás tuvo ejemplo, y cuya ejecución no tendrá instalador," Juan Jacobo Rousseau se mostró—puede decirse—historiador olvidadizo y mal profeta. Pues todos saben que en la Iglesia primitiva el penitente se acusaba en alta voz delante de la asamblea de los fieles y tampoco se ignora que, desde el famoso libro del filósofo de Ginebra, una multitud de escritores no titubean en hacer públicas las más indiscretas confesiones sobre su vida privada y sobre sus íntimos sentimientos.

Apresurémonos á añadir que, de todas las revoluciones desencadenadas por el genio de Rousseau en la política y en las costumbres, ésta á lo menos ha dado algunos hermosos frutos. La literatura experimentó una renovación y este llamamiento á la sinceridad nos ha valido obras maestras. Ningún escrito es, en efecto, más interesante, más pasional, ni tiene más probabilidades de duración que aquél en que un hombre de buena fe se esfuerza por poner su alma al desnudo manifestándose tal como es.

Por otra parte, no es tan fácil salir airoso en la empresa. Entre la cabeza que se acuerda y la mano

que tiene la pluma y debe fijar el recuerdo, hay un espacio casi infranqueable en donde velan el amor propio y la vergüenza. Desconfiad de las confesiones impresas. En general, puede aplicárseles lo que ingeniosamente se ha dicho de ciertas traducciones: son "bellas infieles." El retrato del pintor hecho por él mismo sale siempre favorecido.

¡Qué valor necesitaba, por el contrario, el cristiano de los tiempos heroicos, cuando arrodillado delante de sus hermanos declaraba humildemente sus faltas y pedía perdón de ellas! Digámoslo en voz baja. Era muy hermoso. Ya no estamos en las catacumbas de Roma, y la Iglesia ha obrado sabiamente instituyendo la confesión auricular, y exigiendo del que la recibe la discreción absoluta, colocando al sacerdote en la sombra del confesionario.

Para todo aquel que cuida de su perfeccionamiento moral es una necesidad el examen de conciencia. No me acuerdo en qué comedia, habiendo dicho uno esta trivialidad: "Sólo voy casa de las personas que estimo," un hombre de ingenio le respondió "Si no fuéramos más que casa de las personas que estimamos, casi no iríamos en casa de nadie, y aun habría días en que no podríamos entrar ni en nuestra casa." Bajo esta ironía, hay una verdad incontestable. Cuando establecemos—y lo hacemos todos de vez en cuando—el balance de nuestra vida, descubrimos sin pena—y hablo de los menos malos de entre nosotros—muchos pensamientos, no pocas palabras y cierto número de obras, de que estamos lejos de enorgullecernos. No solamente, pensando en el poco bien que hemos hecho, podemos con frecuencia decirnos, como Tito, *Diem perdi*, sino que recordamos también muchas palabras y acciones que nos hacen bajar lastimosamente la cabeza. Aun fuera de todo sentimiento religioso, esta contabilidad moral da excelentes resultados. El hombre que, cada día, se interroga sin debilidad á sí mismo y se juzga severamente, se hace rápidamente mejor.

Sin embargo, este examen no nos basta, y, des-

pués de haberlo hecho, es una verdadera necesidad, á lo menos para la mayor parte de entre nosotros, manifestar á alguno el estado de nuestra alma. Se ha sufrido una gran equivocación burlándose de los confidentes trágicos. En ciertas horas graves y dolorosas de la vida, nos es preciso descubrirnos francamente delante de un Arbates ó de un Therámenes. Le hablamos en vil prosa, en estilo pedestre y familiar, y no en pomposos endecasílabos ó alexandrinos, y ésta es toda la diferencia. Los más prudentes—y aún no lo son siempre obrando así—no se abren más que á un amigo cuya discreción han puesto á prueba; pero algunos no titubean en entregar sus secretos morales al primero que llega, tan arraigada está en la naturaleza humana esta necesidad.

¿Cómo es, sin embargo, que, estas confidencias no nos consuelan? ¡Ah! es que el hombre está lleno de contradicciones y que en el momento mismo en que un imperioso instinto lo impulsa á decirlo todo con entera franqueza, se siente detenido y solicitado en sentido contrario por un sentimiento de temor y de vergüenza. Es que, aun al compañero más sensible y seguro, no le mostramos la verdad sino amañada é incompleta, teniendo cuidado de no olvidar ninguna circunstancia que nos sea ventajosa ó que pueda excusarnos. Un día, el peso de una falta nos es muy pesado. Pedimos á un afectuoso confidente que comparta un instante la carga. Nos escucha con indulgencia, nos dirige palabras de consuelo. ¿A qué bueno, si dejándolo, tenemos conciencia de haberle ocultado algo de nuestra malicia? Nos quedamos más tristes y más vergonzosos, y tenemos un remordimiento más, el de haber engañado á nuestro amigo.

Estas confesiones se parecen á las de los confesionadores de libros que, como decía hace poco, exigen la censura.

Os acordais de la bella página en que Rousseau, con los acentos del más punzante arrepentimiento, se acusa de haber atribuido en su infancia, á una criada, siendo lacayo de la señora de Verceles de

un hurto que él había cometido. Ahora bien, los enemigos del filósofo han pretendido, desde la publicación de su libro, que no se trataba de una cinta sin valor, sino de una cuchara de plata. Nada quiero creer de ello, pues el pasaje de las **Confesiones** vibra de dolor y de sinceridad; y, por otra parte, absolutamente hablando, la falta sería la misma. Pero, si Juan Jacobo, en su relato, reemplazó verdaderamente la cuchara por la cinta, no se vería en ello otra cosa que la tendencia común á todos los hombres de no confesar una mala acción sino con toda suerte de atenuaciones y de paliativos.

Lo repito, sucede lo mismo en casi todas las confidencias. No se dice en ellas la verdad desnuda, ni se llaman las cosas por su nombre. Será muy raro que un hombre diga en términos propios á otro hombre: "¡He faltado á la probidad!.... ¡He vendido á mi amigo!...."

Aquí es donde se manifiestan la fuerza y la grandeza de la confesión cristiana.

Desgraciado que te tambaleas bajo el peso agobiador de tus malos recuerdos, acércate y depón todo respeto humano. No tienes que temer el inspirar horror ó disgusto al desconocido, al anónimo á quien vas á tomar por confidente. Por otra parte, para guardar tu secreto, sus labios están cerrados por el sello sacramental. El que te escucha en el confesionario, ni siquiera distingue tu rostro; no te verá avergonzarte. ¡Habla! ¡Confíesale todas tus vergüenzas! Te responderá con indulgencia paternal, hablándote de misericordia y de perdón. Exigirá, naturalmente que repares el mal que has hecho; pero si es muy tarde, si ya no es posible, se contentará con una efusión del corazón, con un sincero arrepentimiento de parte tuya. Luego, te impondrá por único y dulce castigo que perfumes tu alma con bellas oraciones, levantará la mano hacia tu frente, pronunciará algunas palabras latinas, y te alejarás consolado absuelto, y sintiendo tu alma ligera como impulsada por alas angélicas.

Pero, para todo esto, me respondes en un grito de dolor, es preciso no dudar de la virtud del Sacramento. ¡Es preciso creer!

Viejo hijo del mundo civilizado, ¿es eso tan difícil? ¿No sientes, pues, arder en ti una sola gota de la sangre cristiana que, desde hace tantos siglos circula por las venas de tu raza? ¿No oyes siempre resonar la palabra milagrosa que curó al mundo antiguo de su corrupción y domó la ferocidad de los bárbaros? ¿No has leído, pues, ni meditado el Evangelio, el único libro en que hay una respuesta para todas las angustias del alma?

¡Pobre hombre! No escuches á los que te dicen que la fe está muerta y que la humanidad se libertó de todo su pasado, hace un siglo, es decir, ayer. Para promulgar la ley nueva—admito que sea un esfuerzo hacia lo mejor—fué necesario cubrir la Francia de cadalsos, ensangrentar la Europa con largas guerras, sin que se haya calmado, desde entonces, el quejido de los que sufren. Jesucristo, al contrario, para hacer triunfar su pensamiento divino no ha dado más que su sangre, queriendo sufrir el suplicio de los criminales; y su obra está intacta, después de mil novecientos años, y por dondequiera encuentras hombres menos malos y menos desgraciados, por dondequiera palpita un poco de justicia y de bondad.—¡mira!—¡ves que se ciernen el recuerdo que el Hombre Dios nos ha dejado de su paso por entre nosotros y que surge su sagrado patíbulo!

Lo ha sido mucho tiempo semejante á tí, ¡pobre pecador de alma turbada, hermano mío! Lo mismo que tú, sin duda, yo no era un gran culpable. Pero sólo el hipócrita fariseo tiene la audacia de decir: "¡Yo soy puro!" y José de Maestre tiene razón, aun la conciencia de un hombre de bien es algo de abominable. Como tú, me encontraba en un misero estado, y buscaba, instintivamente, un confidente ileno de clemencia y de ternura. Lo he encontrado. Haz como yo. Abre tu Evangelio y vuelve hacia la Cruz. Despojado de todo orgullo, preséntate an-

te el tribunal fundado por Jesús, en donde tiene su asiento una misericordia que supera nuestros más sublimes sueños de justicia. Ayer todavía nos envanecíamos ante el acto de compasión de los magistrados excusando á una pobre madre por haber sustraído un pedazo de pan para su hijo. El Ministro de Dios, que te espera en el confesonario no te pide más que algunas lágrimas para lavar todas las manchas de tu alma; pues tiene su poder del Señor de la bondad infinita que en el Calvario perdonaba al ladrón arrepentido y le abría, además, el espléndido camino del Paraíso y de la vida eterna.

Marzo 31 de 1898.



P.
C.
S.